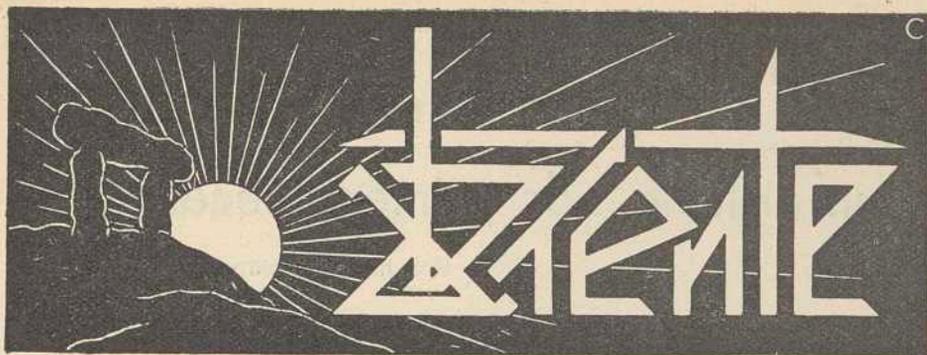


Faltan documentos (páxinas,
cadernos...)
ISO 9878/1990



acción social

La pastoral del Obispado austriaco en favor de la clase obrera, ha prestado a la Acción Social acentuada jerarquía, para descollar sobre los demás problemas que preocupan el acervo de la actualidad. Y ha sido al mismo tiempo un exponente de la preocupación que por ella muestra nuestra Iglesia, que con tesón no desvaído por la evidencia de las predicaciones en desierto, viene haciéndose eco de una justicia social reclamada con imperativos de urgencia. Desde Ketteller hasta nuestros días.

En esta magnífica acción social tan bellamente iniciada por la Iglesia, nos corresponde también a nosotros una parte y no precisamente la más pequeña ni la más secundaria. A nosotros nos corresponde la primacía en la captación del obrero y en su formación económica y social. Hacerle conocer claramente sus derechos, pero también imponerle, con máxima energía, sus deberes. Inculcarlas un sentido hondo de espiritualidad que pase barriendo, en un soplo de vida intensa, los errores del materialismo histórico, que hace del trabajo una mercancía, cuando es sólo el cumplimiento de una misión divina.

Así únicamente podremos arrastrar las masas prisioneras de doctrinas extremistas, para traerlas a nuestro terreno, al terreno único de la Verdad cristiana. Y desahacer la paradoja a que se refería uno de nuestros colaboradores, de que coincida precisamente la apostasia de las masas, con la conversión al catolicismo de las clases rectoras.

Esto —la captación y formación del obrero— ha sido una de las verdades más claramente percibidas por la Anunciada. Por eso puso todo su empeño y su ayuda en la fundación de las Juventudes Obreras de Santiago, a las que hoy mira como algo entrañablemente suyo, formado en la carne viva de su acción apostólica.

Y la otra de nuestras actuaciones —quizás la más importante y la más alta—: Trabajar por el acercamiento de las distintas clases de la sociedad separadas por el odio. Un odio directamente engendrado por el recelo, causa próxima de un desconocimiento absoluto que, al ocultar las buenas cualidades, subraya los defectos.

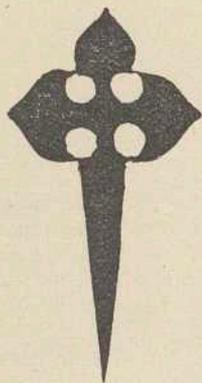
Lo decía con frase certeramente feliz nuestro eminente colaborador D. Federico Santander en una de sus colaboraciones a ABRENTE: «Todo lo pernicioso que puede ser para los jóvenes su intervención en la política —pernicioso para los jóvenes y para la política— será ventajoso el que se dediquen a una labor de propaganda, de difusión. Y más que nada de acercamiento».

Colocar dos clases al mismo nivel no es sólo un principio de caridad cristiana sino el cumplimiento imperativo de un deber sacratísimo. «Aristocracia no es el patriado de Roma, ni la casta de la india. Es una forma de cumplir los designios de Dios, usando en favor de los desvalidos de los medios que le fueron otorgados al poderío para erigirse en tutor y protector de sus hermanos peor dotados».

Sólo ésta será una labor social de positivos resultados. Lo demás no pasará de una contumelia de lirismos, perdidos en sutilezas de retórica y preciosismos de frase.

un artículo... de primera necesidad

POR J. POLO BENITO



Durante mi estancia en Compostela, con ocasión de la tradicional ofrenda al Apóstol, los jóvenes redactores de ABRENTE, hicieron a mi pobre pluma el honor de que esta dictase un artículo para la Revista; el consabido artículo que los principiantes

piden inevitablemente a los veteranos. De vuelta en Toledo, con la retina y el alma en luminosa plenitud de impresiones y recuerdos imborrables, un telegrama urgente demanda, con sobrada razón, las líneas prometidas, que a la zaga de la memoria quedáronse enredadas entre las zarzas del quehacer apremiante que suele seguir a todos los regresos.

Y ahora con las cuartillas por delante, a fin de poner por obra el compromiso hecho a deber que no hay porque escribir el artículo, pues redactáronlo ya publicándolo en edición «Príncipe» lenguas de autoridad y elocuencias máximas; las del Arzobispo compostelano y García Sanchiz, quienes en colaboración de corazones e inteligencias acertaron a escribir uno tan auténtico y entrañablemente santiaguista, que por evocación de historia e interés de actualidad, pocos le igualan y ninguno le supera de entre los centenares que un día leídos y acaso con alabanzas comentados, duermen hoy el sueño de la Hemeroteca, del que solamente algún

que otro investigador suele despertar.

Ninguno tampoco mejor ni más oportuno y acomodado a la orientación de la Revista estudiantil, que es juventud y por tanto brío, cordialidad, afán de expansión y conquista.

Con la glosa, comentario y exégesis de la ofrenda y de la respuesta Arzobispal de aceptación, hay a mi juicio, materia más que abundante para el estudio de revalorización de Galicia y de la influencia santiaguista en el proceso de la formación española. ¿Qué tema más a propósito en esta hora preliminar del Año Santo en Compostela?

Artículo de primera necesidad, dije en el título de la croniquilla y en fehaciente argumento de que así lo es, bastará la consideración de que a medida del desplazamiento de ese eje espiritual en el pensar y vivir nacionales, la decadencia fué en progresivo aumento como prueba de que el barómetro de la temperatura hispánica no puede ser otro que el Apóstol, peregrino y evangelizador, caballero y cruzado.

La juventud, esperanza de la Patria, puso en labios de García Sanchiz inefables palabras de emoción reconquistadora, que luego subrayó el Arzobispo; la juventud, pasión de los altos ideales, tiene en ese programa el índice y la ruta de su andar en el ancho camino que ahora se abre hasta llegar a la meta santa del Jubileo.

las conferencias de eugenio devaud

POR ANTONIO L. DE SANTA-ANNA

Gran parte de la prensa española se ha ocupado de la Semana Pedagógica y de la Asamblea General de la Asociación Católica de Maestros de España. No ha sido algo vulgar; una asociación que ya cuenta nada menos que con once mil maestros nacionales con escuela y llenos de espíritu católico es muy capaz de dar pruebas indudables de su múltiple vitalidad. Espiguemos sólo en el campo de las conferencias de ampliación, que se dieron, y ciñámonos a una sola serie de ellas, las conferencias de Monsieur Eugenio Devaud, sacerdote, Profesor especializado de la Universidad suiza de Friburgo.

Muy atinadamente tituló Devaud sus conferencias «Una experiencia alemana de la escuela actual», ya que su labor fué presentarnos la evolución actual de la pedagogía, que podemos llamar «hittleriana». En Alemania hay fiebre subidísima racial; hoy día todo allá tiene que ser germano, hasta la religión, sin caer en la cuenta de lo ridículo que parece todo un Mariscal von Luddendorff haciendo libaciones ante el ara de la diosa Wotan y otras aberraciones similares. La pedagogía, que siempre fué innovadora entre los alemanes, no podía verse libre del influjo arrollador y tenía que marcarse también una nueva senda.

Expone Devaud en su primera conferencia la llamada «Pedagogía del instinto», nueva en la nomenclatura, menos nueva en el fondo. En Hamburgo y Viena se hacen los primeros ensayos de 1896 (entonces muy lentamente) hasta 1923; el lema de este método es «Alles vom Kinde aus», todo tiene que salir del niño, todo espontaneidad, llegando a la exageración viciosa de suprimir toda disciplina, todo castigo, todo programa y todo método. Mejor, si cabe, enunció Devaud su segunda conferencia «La vuelta a la razón»; sí, aquella escuela de excesiva espontaneidad fué una verdadera anarquía, y, como dijo el conferenciante, «se recobró el buen sentido (1923 a 1926); entonces se ensaya en la escuela de Dielsberg la llamada «Escuela en Comunidad, Gesamtunterricht»; se pretende convertir a los niños en religiosos autoeducadores.

En la tercera conferencia el Profesor suizo nos presenta a tres pedagogos, que propugnan la educación eminentemente activa en

las escuelas del campo; éstos son Hermann Lietz, fundador de las escuelas del campo en Ilseburg, Haubind y Bieberstein; Pablo Geheeb, fundador de las escuelas de comunidad en Odenneld cerca de Darmstadt, y Gustavo Wynecken, fundador de la escuela natural en pleno bosque en Wickersdorf. En la cuarta conferencia se ponen dos tipos de instituciones de Comunidad Escolar: la escuela austera, «espartana» la llamó su fundador, en Wickersdorf y el Wandervogel.

En las dos últimas conferencias el Doctor Devaud habló de la pedagogía de la raza, empezando por Bertold Otto (1859), luego la célebre Escuela de Lichterfelde (1910) y terminando por los pedagogos hittlerianos de estos días.

Devaud no es un apasionado de la llamada «Escuela Nueva»; con abundantísima erudición exponía todas las tendencias y sistemas, señalando imparcialmente sus éxitos y sus grandes fracasos para inclinarse a un sano y prudente eclecticismo, que sintetice los buenos elementos esparcidos aquí y allá en esa intrincada selva de la neopedagogía germana.

El conferenciante se expresaba en un francés suizo, menos inteligible a buena parte de los asambleístas; sin embargo, fué suficientemente entendido, y para salvar este obstáculo se leía al fin un extracto preparado de antemano.

Si ni aun en Alemania se pueden admitir por entero todos los enunciados de la «Escuela Nueva», menos aun en España, donde tal cual nació allá, es naturalmente una planta exótica; pero en ese afán de evolución pedagógica se ve un conato sincero de investigación, de buscar lo mejor para el niño. En esta pobre España, como se aprecia mucho menos la educación que la instrucción, y aun ésta, por el injusto monopolio, es una función meramente estatal, los métodos corren siempre por los mismos cauces sin dar lugar a los estímulos, que son los únicos factores capaces de cambiarlos y mejorarlos.

Salíamos de oír a Mr. Devaud admirando su erudición y recto criterio y envidiando a esas naciones, donde la educación integral del niño preocupa incomparablemente más que en España.

para los católicos de "costumbre"

POR JOAQUÍN FLORIT

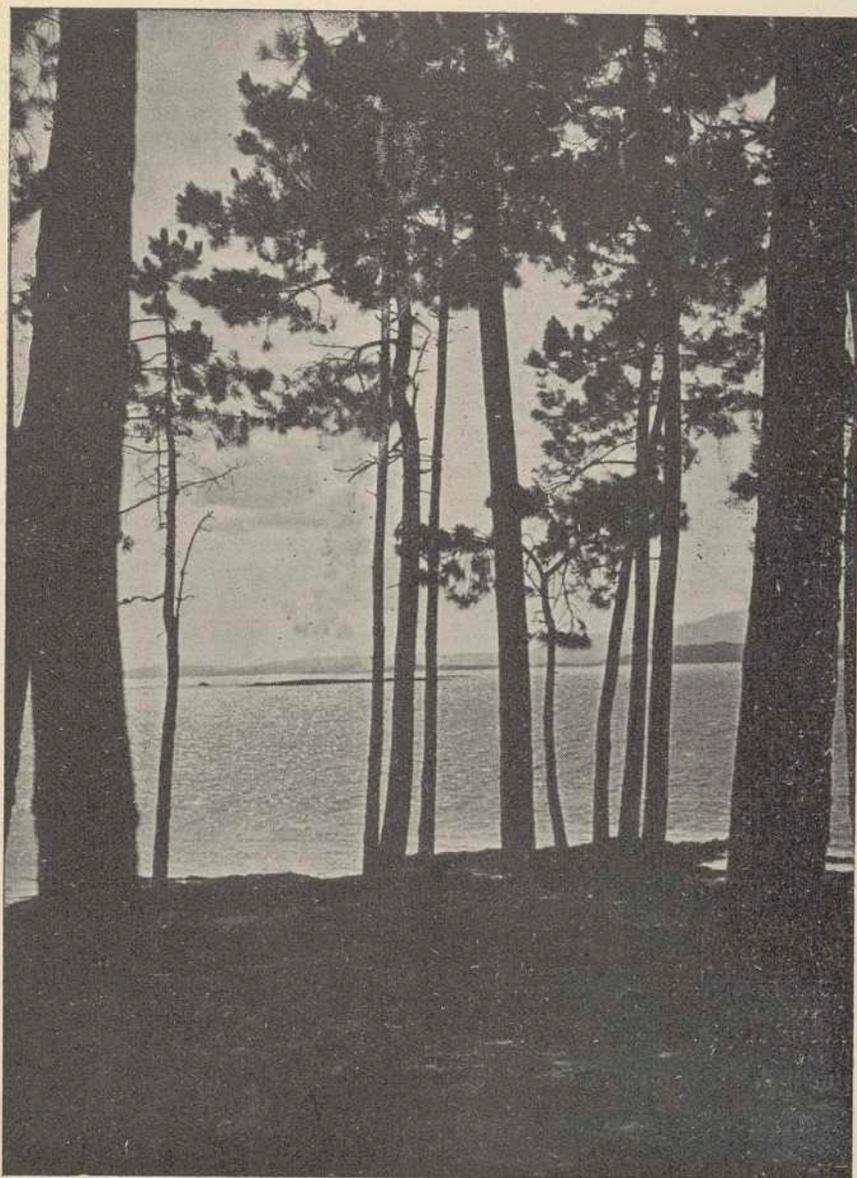
Hay un sector en el campo del catolicismo cuyo estudio nos ofrece unas curiosísimas características. Me refiero concretamente al grupo (por desgracia bastante numeroso) de los católicos, que, para denominarlos de alguna manera, podríamos llamar «equivocos», porque son absolutamente imposibles de situar en alguno de los dos únicos campos que hay dentro de la religión: el de los que creen y el de los que no creen. Estos «equivocos» —y quiero advertir que no tengo intención de censurarlos, sino de exponer un hecho público e intentar convencerlos de lo torpe de su posición— practican, en el sentido más material de la expresión, la mayor parte de las ceremonias, que impone la Iglesia, mas con tal desconocimiento del espíritu y, a veces, de la significación que las informa, que no podemos menos de admirarnos al ver la abnegación, el sacrificio heroico, que supone asistir y quizá realizar hechos, cuya razón de ser se ignoran. Y es de notar que no hay enemigo más peligroso de la Iglesia que ellos, porque al que niega, supongamos, la asistencia a Misa en domingo como obligación estricta de un católico, cabe convencerlo o al menos discutir con él, situados uno y otro en posiciones opuestas, pero francas y claras; mas, a quien afirma que «voy a Misa ¿sabe? Es una buena costumbre» o «¿qué quiere V.? Esta (y señala a la mujer, a la hermana o a la novia) se empeña en que vaya y como no es más que media hora cada semana»... O (y este sí que es de temer) el que afirma con todo calor y con una entonación que alcanza los límites de la elocuencia: «a mí la Misa de los domingos no hay quien me la quite. Yo no falto nunca. Estaría bueno». Y va a la Iglesia y todo. Y asiste a Misa, muy derecho, muy severo, pero con un vacío en su interior, con una frialdad, verdaderamente deplorable.

Deplorable para la Iglesia y para él mismo. Los males que estos indiferentes ocasionan a la Iglesia y a la religión a la vista de todos están y no voy a entrar ahora a hacer una exposición de ellos, pero sí quiero decir algo acerca de aquellos que experimentan estos mismos cató-

licos «equivocos». En primer término se hacen a sí mismos odiosa una religión como el catolicismo, que de suyo es amable, porque en vez de profundizar e ir a buscar el espíritu de la obra o del precepto, se quedan en la superficie y se atienen áridamente a la forma o a la letra. Desconocen que la doctrina de Jesús no viene de fuera a dentro, sino que sale de dentro a fuera. Esto es: en lo íntimo del corazón está, por decirlo así, el depósito inmenso de afectos, que una razón alumbrada por la fe ha suscitado y toda la labor de un creyente sincero ha de consistir precisamente en adecuar las ceremonias exteriores con su sentido íntimo y su significación a estos internos afectos.

Luego, estos católicos «severos» con severidad de «costumbre», trituran lo que hay de personal y vivo en la religión. ¡Qué lejos están de aquel fraile, pequeño de humildad, que veía en todas las cosas motivos para amar a Dios! No quiere esto decir, claro está, que todo consiste en «sentimentalismo» sólo, porque en cierta manera sería esto un modo de esquivar lo que hay de sacrificio y de dolor y renunciamiento en los preceptos de Jesús; pero sí podemos alegrar y, si me es permitida la expresión, «dorar» el dolor mismo con la gracia de Dios y con la esperanza y la fe en Él.

Yo quisiera que, si estas mal compuestas líneas cayesen en manos de alguno de estos católicos a que he aludido, me perdone, en primer término, si es que encontró en ellas algo que le hudiese podido disgustar, y, después, le ruego que en su propio beneficio inyecte un poco de vida, de generosidad y de alegría en su creencia. Y que cuando vaya a Misa y oiga al sacerdote leer, envuelto en la pompa magnífica y emotiva de la liturgia, el comienzo del Evangelio, por ejemplo, «in illo tempore dicit Jesus discipulis suis», piense que está diciendo «en aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos»... Dijo Jesús a sus discípulos. Que coja estas palabras y las lleve a su corazón y las tenga allí. Igual que si en aquel momento él también fuese un discípulo y oyese las palabras del Señor.



UN RINCÓN DE CORTEGADA

por P. Gamallo

justicia y defensa

POR V. CAAMAÑO FERNÁNDEZ

«La mano de Dios sabe por caminos ocultos hacer que se cumplan las leyes y su justicia».

Joaquín Azpiazu.

Quedan transcritas unas palabras del gran sociólogo español que van aplicadas a la actual generación patronal. Porque desde hace más de un siglo las mejoras concedidas a los obreros, lo fueron por imposición de un poder, extraño al de una conciencia patronal de injusticia. No han cedido éstos por el convencimiento de esa creencia, ni por el influjo de una doctrina social católica, reiteradamente señalada por los Pontífices, apesar de que hasta la saciedad se venga repitiendo desde hace cien años (en conferencias, Encíclicas, libros, folletos.....) que hay que restaurar el gran principio directivo: Justicia y Caridad sociales; y hasta la saciedad también los patronos han hecho caso omiso — más que nada por partir de un principio falso — de una doctrina social, única justa y la más humana. Desconociendo o pretendiendo desconocer los rudimentos de esa doctrina han llenado de verdad las siguientes palabras de Azpiazu: «Lo que de grado no quiso dar el patrono en salarios y horas de trabajo al obrero, tuvo que darlo por fuerza al Socialismo con pérdida de dignidad y prestigio patronal».

La clase patronal (y me refiero ahora a la inmensa mayoría de ella: a los que siendo católicos, no obran socialmente como tales) al abandonar al obrero a sus medios y a los que le proporciona el Estado, han partido de un principio falso: mejor dicho, ven sólo una faceta de la lucha: la de defensa; y consideran el actual estado social — del mismo modo que los obreros — como una lucha de clases referida concretamente a las dos partes, patronado y proletariado. Ven en el movimiento obrero un ataque contra sus intereses y de ahí su posición de defensa. Es decir, el patronado considera que actualmente las reivindicaciones obreras son peticiones por prurito de lucha, por satisfacer más que nada, odios y rencores de clase. Odio al capitalismo, producido por la actuación de éste. En resumen, la clase patronal considera el movimiento de reivindicación obrero como un producto post-capitalista. Y, rigurosamente hablando, no es esto. Al menos no es éste el único factor que debían apreciar en el proletariado. Hay otro, más profundo y más humano; más justo, también anterior a la existencia del régimen capitalista; con palabras de Henri de Man: «una disposición humana que podemos lla-

mar pre-capitalista». Consciencia de justicia social y valor de la personalidad humana. Es decir: un sentido más humano y más justo de la diferenciación de clases fijado en la conciencia del proletariado por medio de la eterna moral del cristianismo y de las reminiscencias de la distribución de trabajo del artesanado medioeval. Y este sentido de justicia y caridad — sentido cristiano del valor de la persona — perduraba en la clase obrera cuando el régimen capitalista hizo irrupción en la vida social moderna. Y cuando el socialismo envenenó con sus doctrinas a toda una clase social como protesta contra un régimen que nacía ya tirano, que iba no ya sólo contra sus intereses sino y sobre todo contra su sentido de justicia; existen desde entonces los dos factores que empujan el movimiento obrero: ansia — pre-capitalista — de justicia; y odios y rencores — post-capitalistas — contra una clase social que rige y manda sus destinos; ya que la esclavitud del proletariado no es sólo económica sino que se manifiesta en diversísimos aspectos; desde el social al intelectual.

Son dos, pues, los factores que animan el movimiento de reivindicación obrero: de un lado consciencia de una justicia social inmutable; justicia imbuída por la moral cristiana y practicada — en parte — por el régimen medioeval del artesanado; y de otro un movimiento de protesta — a veces demasiado violento — contra un estado de cosas que desconoce tales principios. El patronado moderno ha olvidado el primer factor para fijarse tan sólo en el segundo: de ahí su posición y movimiento de defensa contra las peticiones obreras, olvidando que éstas, si son producto del capitalismo, son en su mayor parte producidas por una consciencia de justicia y personalidad pre-capitalista.

Y así por esta falta de comprensión en la clase patronal — posición de defensa y no de justicia — y por la actitud violenta de las reivindicaciones obreras — animadas más que nada por un imperativo de justicia — la lucha de clases amenaza con prolongarse indefinidamente sin que hasta ahora todas las admoniciones del Pontificado hayan surtido efectos apreciables — no por defecto de la doctrina, sino por no cubrir ésta sus intereses — en una de las clases que por sus medios y posición económica están en mejor situación que los obreros para comprender la gravedad de estos requerimientos; siendo vergonzoso que su conducta injusta y egoísta, diera lugar a las ya transcritas palabras de Joaquín Azpiazu.

colón y la acción católica

POR ISIDRO CONDE

Como la Acción Católica ha existido desde los más remotos tiempos del Cristianismo, podemos afirmar sin ningún género de duda que el gran Almirante, Cristóbal Colón, fué un verdadero apóstol de Acción Católica.

En el solitario y pequeño convento franciscano de la Rábida es en donde comenzamos a comprender la religiosidad de Colón, que en las conversaciones sostenidas con Fr. Juan Pérez de Marchena dejaba entrever, junto a sus ansias de gloria, sus ansias no menores de poder propagar la religión católica por todas las regiones de infieles.

Esto último hizo que el infatigable guardián de la Rábida recomendase al gran cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza, los grandiosos planes de Colón. Si el cardenal puso momentáneamente algunos reparos a las teorías del gran Almirante, sin embargo, «la fuerza de sus razones, la grandeza y la utilidad del designio, y la fervorosa religiosidad de que estaba animado el autor, vencieron las preocupaciones del prelado y Colón obtuvo por su mediación una audiencia con los reyes».

Después de cinco años de sinsabores y contrariedades, en los cuales la junta de hombres ilustres reunida en Salamanca desechó por completo sus planes y sus teorías, llegó Colón a Granada en los momentos en que se celebraba con júbilos y fiestas la rendición de la bella ciudad, que por ocho siglos había estado bajo el poder de los musulmanes.

Con este motivo le fué fácil a Colón tener una entrevista con los Reyes Católicos en la cual, como dice el eximio historiador Modesto Lafuente, «pintó con vivos colores la opulencia de los reinos de Cipango y de Cathay, según los describían las magníficas relaciones de Marco Polo y otros viajeros y navegantes de la Edad Media, y representó cuanta gloria y cuán noble orgullo cabría a los monarcas a quienes se debiera la propagación de la fe católica entre los infieles de tan remotos climas y regiones. Lo primero era un gran aliciente para el rey Fernando; en cuanto a la piadosa Isabel, la sola esperanza de ver difundida la luz del Evangelio por extrañas tierras le hubiera bastado, aunque otras ventajas no viese, para acoger con entusiasmo el pensamiento y la empresa de Colón».

Por esto, así como por la descripción que de la misma entrevista hace Castelar en su Historia del descubrimiento de Amé-

rica, vemos el pensamiento de Colón en el que resalta su afán de propagar la religión católica entre los pueblos infieles.

Aquel mismo año, coincidiendo con la fiesta del Pilar, Colón y sus compañeros desembarcaron en el Nuevo Mundo y después de clavar la cruz en el suelo «prostráronse en tierra para dar gracias a Dios por el éxito feliz con que acababa de coronar su empresa».

Mas tarde, de regreso de su primer viaje, Colón nos da nuevas muestras de su celo de apóstol al escribir desde Lisboa a Rafael Sánchez diciéndole: «Celébrense procesiones, háganse fiestas solemnes, llénense los templos de ramas y flores, gócese Cristo en la tierra cual se regocija en los cielos, al ver la próxima salvación de tantos pueblos entregados hasta ahora a la perdición» (1).

Para empezar la predicación del Evangelio de Cristo en las nuevas tierras descubiertas se embarcaron con Colón, en su segundo viaje, doce eclesiásticos que llevaban como Prior a Fr. Bernal Boyl y estos fueron los religiosos a quienes estaba reservada la honra de esparcir por el Nuevo Mundo la semilla del Cristianismo.

Pero no contento Colón con lo que hasta este momento había hecho en favor de la religión católica, expuso a los reyes otro de sus sueños dorados, el arrancar de las manos infieles los Santos Lugares de Jerusalén.

Por esto organizó su cuarto viaje, pues como dice el historiador Aguado Bleye, «dos impulsos movieron a Colón a realizarlo, el pensamiento de la cruzada a Jerusalén y el deseo de emular el viaje a las Indias del portugués Vasco de Gama. En el nuevo viaje hallaría las riquezas necesarias para la cruzada y el paso que suponía existente entre el nuevo mundo meridional, entrevisto en su primer viaje, y Cuba que en su opinión era tierra firme y el término del Oriente».

Y aquí tenemos a grandes rasgos la figura de Colón como apóstol de la Acción Católica, pues ésta no es más que la participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia.

Y como fruto de esta participación, hemos visto que al reunirse en un solo hombre la religión y el genio, se ha podido acometer la empresa más grandiosa que registra la Historia.

(1) Navarrete, primer viaje de Colón.

es necesario distinguir...

POR ANDRÉS ROSENDE

«Cada escuela que se abre es una cárcel que se cierra...». Eso dijo un día Victor Hugo; pero la realidad nos enseña que es menester distinguir, afinando el criterio. De otra suerte no sabemos explicar el doble hecho de multiplicarse a la vez las escuelas y los presidios en el seno de las naciones que se apellidan civilizadas.

Un escritor tan poco sospechoso de favorecer apasionadamente la tesis cristiana como Gustavo Le Bon, trazó en su «Psychologie des foules» estas palabras de cordura: «A fuerza de repetirse que la instrucción hace mejores a los hombres, esta idea llegó a ser uno de los dogmas de la democracia; pero la verdad es que en este punto, como en otros muchos, las ideas democráticas están en desacuerdo con los datos de la psicología y de la experiencia. La mera instrucción no hace al hombre ni más moral, ni más feliz; pues no cambia sus instintos ni modera sus pasiones...». Exactamente. Las estadísticas han venido a confirmar el precitado juicio. M. Adolfo Guillot, magistrado parisiense, hace notar que a partir de 1906 —era laicista francesa— se cuentan en la nación vecina 3.000 criminales instruidos por cada 1.000 analfabetos, y el analfabetismo viene aumentando sensiblemente desde el citado año. También hace constar el mencionado M. Guillot que la criminalidad, en Francia, ha pasado del 227 al 552 por cada 100.000 habitantes, o sea un aumento de 182 por 100... ¿Qué se ha hecho del aforismo de Victor Hugo? Y ¿quién no sabe que algo parecido viene ocurriendo en nuestra España a partir del año 1931, que inaugura el reinado del laicismo en la patria de Isabel la Católica y Teresa de Jesús?

Una cosa es atiborrar la mente con datos y fechas históricos o geográficos, literarios o científicos, y otra muy distinta, penetrar hasta el fondo de la conciencia y moderarla en consonancia con los designios del Criador y los imperativos morales del deber; una cosa es

instruir en profano, y otra, educar en cristiano.

La mera instrucción en quien carezca de una voluntad educada para el bien, es más pronto perjudicial que honradamente útil, pues proporciona medios de hollar la ley sin caer en las mallas de los códigos humanos. De ahí que los ingentes crímenes de tiempos modernos hayan tenido siempre por autores hombres instruidos, aunque moralmente deformados. Un zafio ignorante, pero observador del Decálogo, es siempre apreciable. Un redomado pícaro, por ilustrado que sea, no pasa de ser un delincuente, un baldón de la sociedad.

Según la profesión que se ejerza, podrá uno pasarse sin conocer la tabla de logaritmos o las leyes de la materia, podrá ignorar la historia de Grecia o los dramas de Shakespeare; pero siempre necesita el hombre saber a que reglas ha de sujetar sus acciones en la vida. Y esa norma, esas reglas, no puede proporcionárselas el laicismo, que es algo negativo en el terreno de la moral; o si lo hace, trocándose director de la conciencia humana, habrá de invocar eso que llama, por titularla de algún modo, «Moral independiente»... ¿Independiente de quién? De todo otro ser superior al hombre. ¡Ah!, entonces esa Moral es nula, y el laicismo vuelve a su ser negativo e inepto para encauzar la vida y regular los actos humanos. Porque si la moral que ha de observar nuestra conciencia no reconoce otra norma que nuestro propio ser y nuestro propio criterio, tantas serán las morales cuantos sean los criterios, los antojos, los caprichos y las aberraciones de los mortales hijos de Adán.

Así se explica que ha medida que aumentan las escuelas laicas, se multipliquen también los presidios... Y ponemos punto final a este insignificante trabajillo, corrigiendo el aforismo de Victor Hugo, en consonancia con la razón y la experiencia, con la Fe y con la Historia: «A cada escuela que se abre corresponde abrir un nuevo calabozo».

la libertad, negación de uno mismo

POR LUIS FACAL

«Prometiéndoles libertad siendo ellos mismos esclavos de la corrupción; porque el que ha sido vencido queda esclavo del que lo venció».

(2 Pedro. II, 19).

El ser libres ha sido preocupación de todos los tiempos y es cuestión que también ahora tiene actualidad a pesar de lo que haya pasado en el orden político con los regímenes fundados en la libertad. Estas cuartillas aspiran a mostrar la necesidad que tenemos de ser verdaderamente libres, en todas las ocasiones, y es que hay veces en las que nos parece que usamos de gran libertad cuando en realidad estamos esclavizados. En el capítulo VIII del Evangelio de San Juan encontramos un pasaje muy interesante a este respecto. Anunciaba Nuestro Señor a los judíos que habían creído en El la libertad que conseguirían los que fueran sus discípulos cuando les diera a conocer su verdad, y entonces ellos le contestaron: «Linaje somos de Abraham y nunca servimos a ninguno» (de la misma manera que a nosotros nos parece que cuando afirmamos nuestra animalidad somos libres, aunque lo cierto es que entonces somos esclavos de las pasiones); el Maestro les respondió: «En verdad, en verdad os digo, que todo aquel que hace pecado esclavo es del pecado».

Todos habremos notado que en nosotros hay algo que con fuerza nos inclina al mal y a veces con tal imperio que parece como que está por encima de la libertad, de tal forma que, aunque deseemos el bien, nuestra tendencia es hacia el mal. Pero cuando aun estamos en esta lucha, nada se ha perdido porque es el momento en que la libertad puede elegir entre salvarse o caer en pecado y perderse. Y ahora se pregunta: ¿En qué caso será el hombre verdaderamente libre? Esta es la cuestión y para resolverla examinaremos las dos direcciones que el hombre puede imprimir a su vida para conseguir tal objeto; estas son: o afirmarse o negarse.

Cuando el hombre hace de sí la medida de todas las cosas y no ve a su alrededor más que a sí mismo, cuando todas las cosas exteriores —las que no son él ni Dios— las aprecia en cuanto que sirven para su propia satisfacción, es decir, cuando para gozar de lo que le rodea no ve más norma que la de su *egoísmo*, es que *se afirmó* por encima de todo, hizo de sí el centro de toda la vida. Pero ahora veremos que el hombre que para conseguir su libertad se afirma, cae en su propia negación porque ha deshecho el orden que en nosotros impuso Dios: El nos creó a su imagen y semejanza y nos organizó de modo que como compuestos de cuerpo y alma, fuera ésta la que impulsara la conducta. El hombre espiritual que con nosotros llevamos debe dirigir al hombre natural.

Este equilibrio antes de la caída se mantenía perfectamente, pero se vino abajo luego del pecado de Adán. Nuestro primer padre quiso alcanzar la suprema libertad de la sabiduría, quiso afirmarse en frente de Dios porque había creído a la serpiente, pero ella le engañó y le venció; el hombre se hizo esclavo con la esclavitud del pecado «porque aquel que ha sido vencido queda esclavo del que lo ven-

ció», dijo San Pedro. Y si queremos restablecer este equilibrio primero, ha de ser mediante nuestro esfuerzo y la ayuda de Dios, porque el hombre que emplea su actividad en la propia satisfacción, con olvido de las sanciones divinas y trata de ordenar su existencia, no atendiendo a la relación de espíritu y materia dispuesta por el Creador sino a sus espaldas y sin contar con la ayuda de lo alto, lo que hace es emplear la libertad en afirmarse y lo que consigue, la propia negación en el pecado.

Si la afirmación individual lleva a la autonegación con la consiguiente pérdida de la libertad, ¿cómo conseguiremos ésta?

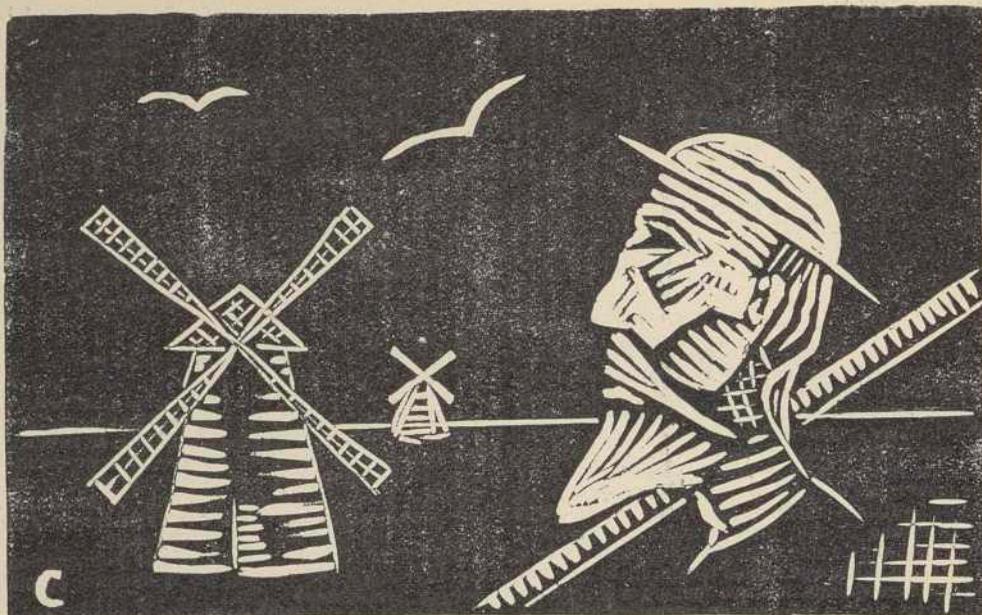
El hombre no será libre afirmándose a sí mismo sino negándose. No conquistará la libertad colocándose por encima de la ley divina, puesto que quedará sujeto al pecado. Por eso debemos temer y combatir lo que nos puede privar de la libertad espiritual, los enemigos del alma: los «falsos doctores». No seremos libres haciendo de toda satisfacción norte de nuestra vida sino renunciando a la que nos haga pecar, porque entonces seremos esclavos de pecado y no tendremos libertad. Seamos libres, no afirmando nuestra animalidad en contra de toda prescripción sobrenatural, sino con la libertad que supone el dominio de nosotros mismos, no afirmándonos sino negándonos en todo lo que no sea recto y santo. «*Dato todo por el todo; serás libre de corazón y no te ofuscarán las tinieblas*» (Kempis III, 27), porque Jesucristo nos dará a conocer la luz de su verdad y ella nos hará libres. «*Déjate a tí, renúnciate y gozarás de gran paz interior. Serás libre*» (Kempis).

Esta es la única solución al problema de la libertad: nuestra propia negación. Y aunque esta negación de nosotros mismos, el sometimiento de la materia al espíritu, hayamos de conseguirla por medio de la lucha, luchando reconoceremos nuestra cruz y la aceptaremos por el sufrimiento, y para momentos de tentación tenemos las palabras del Maestro que nos animarán: «*Niégate a tí mismo, coge tu cruz y sígueme*»; y El, que nos dejó este precepto, nos ayudará a cumplirlo.

Señor mío Santiago, seremos dignos de tu patrocinio. Nuevas legiones están preparándose, con impaciencia contagiosa y embriagadora. Sí; frente a los pusilánimes, los acomodaticios, los resignados, los egoístas, los hipócritas y los inocentes; y contra los descastados, los blasfemos y los corruptores, la más bella juventud tiembla de coraje, fuego anheloso de la llamarada.

¡Ultreyal! ¡Patrón, Apóstol! ¡Ultreyal! ¡Ultreyal! ¡Capitán de la Hispanidad! ¡Santiago y cierra España!

(De la *Ofrenda al Apóstol*), GARCÍA SANCHIZ.



castilla

por José M.^a García

*Es una tierra de quietud intensa;
es una tierra de bendita paz;
es una tierra en que la mies orea
como las olas del tranquilo mar.*

*Hay aquí un altozano, allá un riachuelo,
un horizonte misterioso allá;
un zumbido del viento rumoroso
como un ¡ay! en el arpa de un juglar.*

*Parece que se cierne por los aires
la epopeya, magnífico historial,
de aquel Cid de las barbas tan bellidas,
de aquellos que comieron de su pan.*

*Parece allá que en el azul lindero,
infinito y luciente, brillarán
las puntas de mil lanzas, los penachos,
la altivez del morado pendón real*

*que rodeó los muros de Granada
y que llevó Colón allende el mar,
y una Cruz gigantesca y misteriosa
que cubrirá a Castilla con su paz.*

II

*Es una tierra de quietud intensa...
una casa de adobes hay allá
donde vive feliz el campesino
con sus hijos, sus tierras y su hogar.*

*Su vida no es rúin, prosaica y seca.
Sueña... Sabe soñando trabajar...
¡Una noche...! ¡los lobos...! ¡las ovejas
medrosas...! ¡Los mastines velarán!*

*Y la mirada de aquel hombre rudo
con dulzura sin fin se va posar
en Teresa Cepeda la Monjita
o en Isabel la Reina sin igual*

*y volará a la luz del Romancero...
¡Cuantas cosas preciadas cantará
en el habla divina de Castilla
la triste, la sublime, la sin paz!*

*Marchar querrá después al Nuevo Mundo
para volver del Nuevo Mundo acá
y dormir y morir en la su tierra
tranquilo en su regazo maternal.*

III

*Es una tierra de quietud intensa
do cada cosa esculpe su cantar...
Yo bien sé que no puedo, es imposible,
sus divinas estrofas modelar.*

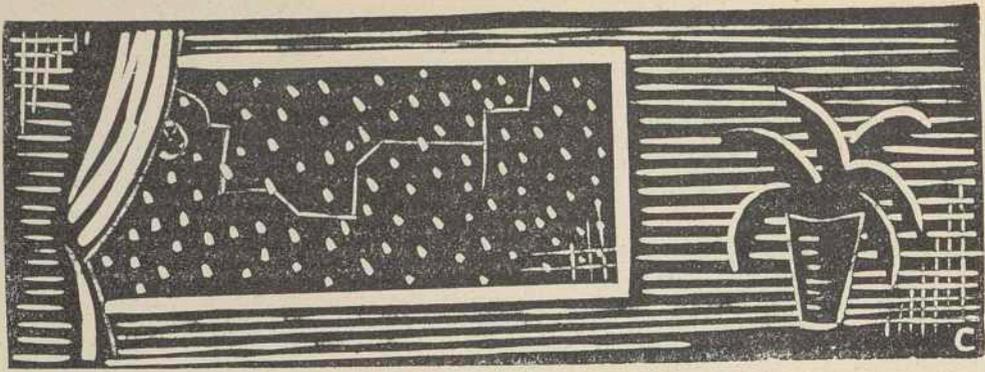
*Un árbol, una fuente y un oasis
entre tanta doliente inmensidad:
Rocinante pastura el verde cespel,
a su sombra sentado Sancho está,*

*—no se sabe si sueña o si medita
o si añade a sus ciencias un refrán—.
Don Quijote el hidalgo, el buen hidalgo
el de la lanza y corazón leal,*

*a través de sus ojos soñolientos
mira las tierras que prometen pan
—rubio trigo en las manos y en los rejos
de la dueña que aroma su cantar—.*

*Su brazo cae inerte, descuidado...
¿Es que no tiene entuertos que enmendar?
No lo se.*

.....
*¡Vascongadas!... Nuevas tierras
Ha dejado ya el tren Castilla atrás.*



FANTASÍA INVERNAL

recuerdo de un dulce ensueño

POR EDUARDO CONDE

A través de la vidriera de nítidos cristales emplomados, y por entre los primorosos encajes venecianos, seda y oro, de la entallada cortina azul —traje de noche de la ventana teñido en las apacibles aguas de los tortuosos canales de la Venecia adriática, maravillosa y sublime, por un trovador medieval, desde una gracil góndola, nereida romántica en las turgentes ondas—, se filtraba el murmullo adormeciente de un chorro plata de agua, al caer en la superficie limpia del estanque tranquilo: lloraba el surtidor con lágrimas heladas sobre la fuente alabastrina... Melodía acuática en la noche exterior.

Sentí, luego, deslizarse suave en las tinieblas a un fantasma cubierto de túnica leve, iluminado por antorchas encendidas con infinita llama, lenguas de fuego que caldean la imaginación, esparciendo en su ligera huída, vaporosas visiones, sueños fantásticos, quimeras fingidas... Espectros que van creando en torno nuestro una realidad impecable de sombras. Cruzó el fantasma la atmósfera etérea con velocidad de vértigo, y desapareció rápido, dejando tras sí una delicada estela estelar con perfumes agradables de Oriente, esencias incorpóreas y volátiles de benjuí, aromáticos bálsamos de Siria, deliciosas fragancias de jazmines reales, de rosas alejandríacas y laureles apolíneos, de heliotropos del Perú y de innumerables adormideras... Me deleité un momento con estas esencias incorpóreas, con estos bálsamos aromáticos, con estas fragancias deliciosas... El fantasma ligero de la túnica leve, era un sueño con dos alas pequeñas y blancas entre la rizada cabellera, que se escapó del infierno tenebroso por una puerta de marfil transparente.

Nevaba. El abismo sideral estaba desnudo de titilantes estrellas, de lácteas nebulosas, de planetas errantes y satélites sumisos. Los cuerpos celestes se habían desprendido de la bóveda azul, y caían despacio, poco a poco, lentamente, balanceándose en el aire sutil que soplabla débil. Dije soñador ante los cristales empañados: ¡la nieve!... ¡los copos!... —lino hilado por delicados querubes y tiernos serafines—, mariposas infinitas que surgieron en invierno equivocadas y vagan indecisas, temblorosas, inquietas, porque no encuentran flores que besar... ¡la nieve!... ¡los copos!... ¡mariposas infinitas!...

De repente, de súbito, se desencadenó una tempestad espantosa, causada por la irreflexión y curiosidad de Ulises, el héroe troyano, rey de Itaca la jónica, que así como no pudo resistir a los hechizos de Circe la encantadora, que le embelesaron, tampoco resistió a la tentación de abrir los pellejos que en señal de amistad le había encomendado Eolo, e hinchando los músculos, rompió las cadenas con que estaban sujetos, y se escaparon los vientos de las odres donde el hijo de Melanippa los había encerrado con su poder, y un vigoroso vendaval atravesó precipitado las frondas, inclinándose a su paso los leñosos árboles de ramas desnudas, con nostalgia de hojas, y silbó impetuoso en las esquinas, proas cortantes de las casas; bramando furibundo, colérico, batió violento mis cristales, que temblaron, crujió la madera cuando azotó con ira mis ventanas, que se abrieron, rechinaron mis dientes, y sin saber como, me sentí arrebatado en el vacío...

Soplaba fuerte el viento, el aire airado; ágil, empujándome inconsiderado y violento, en remolinos de rizados invisibles y asombrosos, hacía no sé que lugar ignoto. Abajo, dormía la ciudad en la desierta y misteriosa noche, temblando de miedo y terror ante la furia desatada.

Por fin, después de este momento angustioso, cesaron de bramar los vientos, y pausada, lentamente, descendí a tierra en los brazos blandos de innumerables cupidillos,

mientras otros hendían el aire con sus flechas, que relucían a la luz de la Luna como estrellas fugaces: fuego artificial del Amor.

Cuando marcharon los Cupidos, revoloteando juguetones, me encontré entre cuatro columnas jónicas, robustas, vigorosas, elegantes y esbeltas. Al principio estaba desorientado, pero avancé hacia un patio que se abría en el interior, y entonces ví que me encontraba en la quieta y apacible soledad del claustro del templo de la Ciencia. Sonreía la Luna con suave luz y semblante melancólico y fascinador. En lo alto del patio ví un reloj grande; era el reloj universitario, el que marca el ritmo de los ritmos, el ritmo de las horas, el ritmo de las horas de estudiante. Sus agujas marcaban las once y cinco, pero me pareció sería más tarde. Para comprobarlo, me miré en el espejo débil de mi reloj diminuto, el que señala mis horas, el que marca mi ritmo, el que cuenta los latidos de mi corazón al contar las pulsaciones de mis venas, y sus flechas negras, dardos homicidas del tiempo, señalaban la una menos cinco. Ante tal diferencia horaria, un gesto de extrañeza abrió el ansia de un interrogante.

Un rabel sonaba en imprecisa lejanía, y dulces notas de cítara, lira, arpa y laúd, me fueron adormeciendo lánguidamente, con suaves arrullos... Una mariposa aleteó a mi lado, y entonces resonaron en el claustro solitario fuertes canglores de trompetas de plata, mientras largas manos de sirena y ninfa me sostenían blandamente la cabeza. Sus cabellos eran de miel, y sus dientes, piedras de azúcar. Muy quedo y con ternura me dijeron que la Mariposa se llamaba Psiquis, y aquella amplia lazada de crespón lila, empezó a hablarme con palabras cuajadas de exuberante poesía: bordaba las frases con primor femenino:

«Quieres saber lo que sucedió, ¿verdad?; pues te lo contaré a tí todo.

Se deslizaba la noche romántica con suavidades de niebla y caricia de Luna. El claustro, de bóveda acanalada, estaba lúgubre, triste. Sólo se oía un murmullo: era el tic-tac del reloj, del reloj universitario, que paseó su mirada tranquila, deleitándose en contemplar los plumachos de las gallardas palmeras que le rodean; todos tenían envidia de las largas sombras que proyectaban; él se dió cuenta del pecado, y desde la altura las recriminó de este modo: «Parece mentira que tengáis envidia de esa belleza transitoria que es la sombra, puesto que sólo existe cuando hay luz mientras que vosotras existís siempre; además, ¿no sois vosotras las que las producís?; si no existieseis vosotras y vuestra belleza, tampoco existirían semejantes sombras; y, además, vosotras os erguís orgullosas sobre la tierra, mientras ellas se arrastran humildes por el suelo»... Y el reloj, al decir esto, alzó sus ojos para ver la luz que producían aquellas sombras fantásticas, y vió en la noche oscura un disco reluciente del mismo tamaño que él, pero que le pareció más bello; y al contemplarlo, en sus ojos relució... la envidia. Era aquella esfera el reloj divino que marca el ritmo a los enamorados. Era la Luna que con su luz difusa, difumina los penachos de las palmeras en el lienzo negro de la noche. Y el reloj universitario, al ver estas maravillas en estos misterios, levantó sus *manecillas* al cielo para pedir a Zeus, señor del rayo, que hiciese desaparecer a aquel reloj que con sus fulgores le nublaban la vista. Una nube, caballo blanco en el cielo, avanzó despacio, ocultó a la Luna, y el reloj, blanco y negro, sonrió, lo mismo que las necias palmeras al ver desaparecer las sombras. Pero se esfumó la nube deshecha por el viento, y de nuevo apareció Selene, blanca y magistosa, bella y sublime; y con ella aparecieron las sombras, largas y misteriosas, y otra vez volvió la envidia a las palmeras y al reloj.

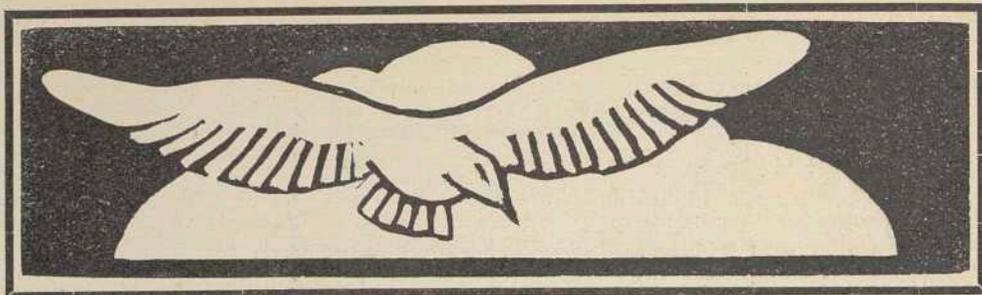
Y ante este pecado, se enojó Zeus, el árbitro soberano e inmortal, que fulminó enérgico el castigo [contra el reloj envidioso, parándolo]. Y diciendo esto, cesó de hablar la bella Psiquis, de la cual se enamoró hasta el mismo Cupido».

Quise agradecer a Psiquis, aunque no sabía de qué manera hacerlo, las misteriosas revelaciones que acababa de hacerme en este inefable idilio, pero ya había volado. A lo lejos, dibujaban sus perfiles unas sombras que marchaban. Eran las sombras de Psiquis y los espectros divinos de su intangible cortejo...

Miré mi reloj pequeño, para ver que hora tenía, y continuaba marcando la una menos cinco: había tenido envidia del reloj mayor. Y entonces, con egoísmo humano y con voz temblorosa por la emoción y la alegría, exclamé contento: «¡Qué bien!; los dos relojes parados, y parados en mi juventud, en mi juventud de estudiante. Descansad relojes, descansad que ya habéis andado bastante; descansad en mi juventud, porque la juventud es delicia de la vida, y si estais parados, durará más tiempo».

Pero en la farsa de la Vida, en este mismo instante, caía el telón rápido cerrando el año 1935, y se levantaba veloz para comenzar el 1936, al conjuro de la sonora y sarcástica carcajada de las doce campanadas que deshizo mi ilusión al despertarme de mi sueño.

Y mientras me espabilaba, pensé: razón tienen Grillparzer, el romántico austriaco, y Calderón, el dramaturgo español, aunque sus dos tesis sean distintas y hasta contradictorias, al afirmar el uno, que *la vida es sueño*, y el otro, que *el sueño es vida*.



crónica

La Misa de Congregación que durante las vacaciones de Navidad se vió poco concurrida, vuelve a estar de nuevo floreciente, por hallarse ya entre nosotros todos los congregantes que se habían ausentado. Recuerden los que todavía no han asistido a los actos reglamentarios la obligación que tienen de hacerlo y acreditar la asistencia, depositando los cartoncitos a la entrada de la iglesia. Si alguno, por cualquier causa, no lo tuviese, debe solicitarlos en Secretaría de siete a ocho de la noche.

Se advierte también que todos los congregantes deben ocupar los bancos que para ellos están reservados.

La Misa de Comunión del mes de diciembre estuvo muy concurrida; quizá haya sido la mas numerosa del curso, ya que fueron muy pocos los congregantes que dejaron de asistir.

La víspera por la tarde se efectuó el reglamentario retiro espiritual preparatorio en la iglesia de las Huérfanas, desarrollándose conforme al acuerdo de la junta, que señalamos en nuestro número anterior.

Para la próxima Comunión esperamos que el numeroso grupo de jóvenes que acudió a este retiro aumente ya que sin duda alguna obtendrán de él grandes frutos.

Igualmente concurrida la correspondiente al mes de enero, efectuada el domingo 12 del actual.

Sabatina.—Se ruega a todos los que han dado su nombre para pertenecer a esta sección, acudan los sábados a honrar a nuestra Patrona. Es numeroso el grupo que asiste pero dado el número de inscriptos debía ser también mayor el número de asistentes.

Sección de Caridad.—Debido al mal tiempo reinante no se pudo acudir el pasado mes de diciembre a visitar la Leprosaría de San Lázaro.

Socios nuevos.—Gerardo Bermejo Martínez, Antonio Nóvoa Velasco, José Luis y Varela Villar, Manuel Insola Gurruchaga, Rafael Raposo Montero, Jesús Raposo Montero, Pedro Pueyo Novo, José Cimadevila Covelo, Jesús María Majen Bas, Miguel Serrano Pérez, Santiago Bermúdez de Castro, Demetrio Fernández-Linares Robleda, Víc-

tor Acero Madero, Santiago Terrer de la Riva, Jesús de Echegaray y Monasterio, Ramón Otero Calderón, Luis Gómez Lea, Luis Vázquez Teijeiro, José Alvarez Domínguez, Antonio del Valle Vázquez, Gumersido Villar Otero, Evaristo Díaz Rodríguez. Ricardo Díaz Casteleiro, José Barreiro Troncoso (reingresado), Tomás Pose Gerpe, Francisco Gómez Campos, Luis Castro García, Julio Vega Quintián, Emilio García Fernández (reingresado), Francisco Pitalúa Troyano, Jesús Mosquera Caramelo, José García Otero, Francisco Pereyra Kantalla, Ramón Pariza Somonte, Manuel Pérez de Arévalo, José de Fano y Fernández-Ostolaza

Velada teatral.—A fin de recaudar fondos para las obras benéficas de la Congregación, el cuadro artístico de la misma celebró una velada artístico-literario, de la que nos fué imposible dar cuenta en el número anterior por angustiosos apremios de espacio. Se puso en escena la graciosa comedia «Los cuatro Rubinsones», de Muñoz Seca y el éxito artístico y económico superó todos nuestros cálculos.

ESTANISLAOS

Es verdaderamente halagador el ver como la casi totalidad de los congregantes de San Estanislao acuden a los actos obligatorios. Pero también no lo es menos el ver como asisten los que dieron sus nombres para pertenecer a las secciones, Catequística, Misionál, Jueves Eucarísticos, Círculos de Estudio y Caridad. Esta última sección celebró un acto verdaderamente estupendo el día de Navidad, en que un gran número de pequeñuelos acudieron al Asilo de los Pobres desamparados instalado en el Camino Nuevo, y les sirvieron la comida extraordinaria que tuvieron ese día, obsequiándoles además de los pasteles, caramelos, tabaco, etcétera, que la Congregación les ofreció, con algunas cosillas que ellos particularmente les llevaron. Después de la comida les cantaron, recitaron poesías e incluso bailaron con ellos haciéndoles recordar sus años juveniles. Muy de veras felicitamos a los estanislaos.

poetizando

POR J. ALONSO, S. J.

¡Alegría! Como gorjeos de pajarillos en un día de primavera resuenan las voces de los Estanislao por las calles típicas de Santiago. Cada cual se esfuerza por llevar él sólo la conversación...; parecen envidiosos ruiseñores enjaulados. Se apagan los últimos ecos de sus voces atipladas al abrirse las puertas del asilo. Entran a visitar a los ancianitos... Ya están dialogando con ellos; semejan rosales trepadores abrazados a los añosos troncos, despojados de la verde pompa de su follaje por el cierzo de frías desilusiones. ¡Cualquiera diría que aquellos árboles estériles florecían de nuevo! Allí está la vida asomada al borde de la muerte, mirándose en el oscuro fondo de sus aguas quietas. Las sonrisas de los niños, como hilos de plata, entretujan preciosos tapices de recuerdos infantiles para la memoria deshilvanada de la ancianidad caduca. El oriente y el ocaso fúndense en un horizonte de amor. Las tintas mates del poniente transformadas en destellos matinales. Amanecieron hoy muchos soles sobre las elevadas cumbres de sus años, iluminando las negras simas de sus añoranzas y abandonos.

Retrocedieron hoy los ancianitos sesenta, setenta inviernos en la carrera de su vida, para recrearse en el paraíso de su infancia, paraíso perdido por el engaño del tiempo, serpiente que les muestra el encadenamiento de setenta u ochenta apretados anillos. Al contacto de la niñez ingenua dibújase en el cielo de sus almas, cubierto de nubes, el brillante y rápido zig-zag de un rayo de ilusión; pero muy pronto, extinguido el fulgor luminoso y efímero del relámpago, se desatará en el cielo senil la tormenta cotidiana de soledad y pena. Hoy curvó sus colores sobre la ancianidad el arco iris de la niñez; hoy el río subterráneo de sus vidas reapareció jubilosamente para remansar sus aguas en una bella laguna de orillas festoneadas de azucenas; hoy, por vez primera, admiran arrobados cómo en el invierno de sus vidas hay trinos de pajarillos nuevos y eclosión magnífica de flores; hoy se encalmó el agitado mar de su existencia, sobre cuya superficie flotan restos de dolorosos naufragios...; es que cruzó sus salobres espumas, como góndola de oro, la sonrisa del niño; hoy, finalmente, en los desiertos de la vejez se multiplicaron los oasis, donde brotó la corriente límpida del entretenimiento y maduraron los sabrosos dátiles de las conversaciones sencillas.

Los ancianitos caminan trabajosamente

hacia el comedor. Los pequeños sirvientes van y vienen nerviosos con febril actividad...; diríase que eran inteligentes obreros reparando en los astilleros de la muerte los buques desarbolados y maltrechos en los temporales de la vida. —¿Quiere más?— Un gesto de aprobación, rubricado con una desmayada sonrisa, es la respuesta. Quedan satisfechos y agradecidos a los improvisados camareros. Les han repartido dulces y tabaco... Los dulces se acabarán; el tabaco se convertirá en humo; pero en torno a sus corazones, llamas que parpadean próximas a morir, revolotearán, como mariposas de nieve, los cariños rosa de los simpáticos Estanislao.

Es hora de partir; y aunque con pena de los añosos árboles, despréndense los rosales en capullo; ocúltanse los soles; deslíense los colores del arco iris; las sonrisas mueren, y el pobre anciano, como quien despierta de un largo y engañoso sueño, siente hundirse el río de su vida en el profundo y subterráneo cauce de sus años, para desembocar en la muerte. Adiós; sepárase la vida del borde de la muerte...; adiós.

REALIDADES

(PEPIN EL DEL ASILO)

Pepín no es un ochentón;
frisa en los sesenta otoños...;
y en esta muerta estación
echa el hombre más «retoños»
que un árbol en floración.

Pepín no tiene ideales,
porque para Pepín son
todas las cosas iguales;
sí bien hay una excepción
muy marcada: los chavales.

(A todos, gran hechicero,
los convierte en sus sobrinos;
y al decirles: *mucho os quiero*,
usa modales tan finos,
que es un «tío» verdadero).

Cuando baila, en alto muestra
sus puños... ¡no es socialista,
es un *consumido* artista;
y al mover los pies demuestra
que fué en un tiempo ciclista.

Es hombre trabajador,
mas sólo en el comedor;
por eso aflige una pena
su *panderetera* vida:
no haber más de una comida
y de una opípara cena.



Cuento de humor

un chapuzón justificado

POR EDNOC

Don Ramón González era un afamado viajante catalán —hasta ahora todos los viajantes han sido catalanes— que con unos paquetes debajo del brazo, se dedicaba a recorrer las diversas regiones españolas.

A la sazón, se encontraba en una bella ciudad norteña en cuyo Casino —más conocido por los populares nombres de «la pecera» o «el club de los aburridos»— hizo amistad con un tal D. Diego Parejo, hombre de posición y gran amante del trabajo, que todas las tardes, con unos cuantos compañeros de «farras», se dedicaba a comentar, junto a la lámpara de pie que iluminaba la estancia, los sucesos que durante el día le había comunicado su portera, persona de una capacidad intelectual y física pues pesaba aproximadamente unos ciento veintitantos kilos.

Esto de que D. Diego fuese un admirador del trabajo, no lo decimos solamente por ensalzarle, sino porque él mismo, cuando llegaba la hora de la sinceridad —y esto siempre se produce al tomar el tercer «cocktail»— se encargaba de comunicárselo a todas sus amistades, aportando como prueba de lo mucho que le gustaba, el que era capaz de estarse cinco horas seguidas viendo como los albañiles levantaban una casa.

Pero volvamos a coger el cordel de nuestro cuento.

La noche de autos, como diría cualquier abogadillo pueblerino, D. Ramón, el viajante, se despedía de D. Diego, pues al día siguiente regresaba a Barcelona en el barco que salía a las once de la mañana.

Después de las frases de costumbre: «ya sabe donde tiene Vd. su casa», «ya sabe en donde deja un verdadero amigo», etc., etc. al bueno del viajante se le ocurre, para quedar bien, ofrecerse a D. Diego por si necesitaba algún encargo para Barcelona.

A D. Diego no se le ocurrió por el momento cosa alguna, pero después recapacitó y contestó que tenía un encargo para una familia amiga y que agradeciendo infinito la molestia, le rogaba lo entregase en su punto de destino.

Al día siguiente, pocos momentos antes de que el barco elevase anclas, llegó D. Diego acompañado de un golfillo que llevaba en una cesta dos perros muy pequeños y un biberón de regular tamaño.

Se le acerca D. Ramón, que estaba hablando con algunos pasajeros, y después de darse los buenos días —cosa bastante más fina que el morderse las uñas— se encargó de llevar a D. Robustiano Domínguez, Paseo de Gracia, 51, Barcelona, los dos perritos que hacía quince días que habían nacido.

Lo único latoso del caso era que cada cinco horas había que darles el biberón, para evitar que D. Robustiano recibiese en vez de los dos cachorros los huesos de los mismos.

De despedida se dijeron otra vez las frases de ritual a las que añadieron un «buen viaje» y un «hasta siempre». Después, los pañuelos flotando en el aire indicaron que el barco enfilaba la salida del puerto.

A D. Ramón el encargo de los perritos le había hecho menos gracia que un dolor de

muelas, pero como quería quedar bien con D. Diego, a quien debía bastantes favores —le había conseguido unos cuantos pedidos de importancia— no tuvo más remedio que llevarlo con paciencia y hacer durante los cinco días que duraba la travesía de ama seca de los perritos.

Esto le valió algunas cuchufletas del capitán y de algunos pasajeros, pero como nosotros habíamos quedado en tierra, nos es completamente imposible el contárselo a nuestros lectores.

Al día siguiente de su llegada a Barcelona, se encaminó D. Ramón con los dos perritos a la dirección que indicaba la tarjeta y al llegar al número 51 del Paseo de Gracia le salió al paso una obesa portera —todas las porteras son obesas— que después de mirar lo que contenía el cesto —todas las porteras son fisgonas— le preguntó a que piso se dirigía.

A la portera no le sonó el nombre dado por el viajante, pero por si era uno de los

cinco nuevos inquilinos que durante aquel mes se habían instalado en la casa (por lo que queremos dar desde aquí la más efusiva enhorabuena al casero) revisó el libro en que llevaba apuntados todos los nombres y apellidos y en vista de que ninguno de ellos se llamaba Robustiano, despidió al viajante de la forma en que se despide a una persona que nos viene a tomar el pelo.

En vista de esto, D. Ramón escribió a don Diego enterándole del caso. Y cual no sería su sorpresa al recibir al cabo de unos días una carta que decía así:

Sr. D. Ramón González: El Sr. D. Robustiano Domínguez sólo ha existido en mi imaginación, y en cuanto a los perros puede tirarlos al agua. Los dos juntos me los dieron en un saldo a cambio de dos cincuenta...

El que se tiró al agua fué D. Ramón González, el afamado viajante catalán.

(De nuestro Concurso de cuentos).

RELOJERÍA Y JOYERÍA
EL CRONÓMETRO «LONGINES»

GRAN SURTIDO EN

DISCOS DE TODAS CLASES

MANUEL RODO
SÁNCHEZ

CALDERERÍA 53 — SANTIAGO

“El Eco Franciscano”

Revista quincenal ilustrada

Redacción y Administración: Colegio
de PP. Franciscanos.—SANTIAGO

Precio de suscripción: 8 pesetas al
año en España y 11 en el Extranjero.

PAGO ADELANTADO

Sanatorio Quirúrgico de San Lorenzo

DE LOS DOCTORES

FERNANDO ALSINA y ANTONIO M. DE LA RIVA

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Teléfono número 1006

Material Eléctrico y Montaje
de Instalaciones

La Electra

CALDERERIA, 28 y 30

JULIO TOJO

CALZADOS

Calderería 43 Santiago

CARMEN CAMBÓN

MERCERIA

LANAS - MEDIAS
GUANTES - BOLSOS

Calderería, 62 SANTIAGO

LA MAS BARATA

PREGUNTOIRO, 28

Comprando en esta Casa ahorrará tiempo y dinero.

PRECIO FIJO RIGUROSO

EL 0,95 DE

“La Modernista”

EL MEJOR DE GALICIA

Cardenal Payá, 5 - Santiago

Pañerías PARDO

Casa especializada en

ARTÍCULOS PARA CABALLERO
CONFECIONES - ABRIGOS
GABARDINAS - CUEROS E IMPERMEABLES - CAMISERÍA, etc.

Preguntoiro, 20 SANTIAGO

Manuel Vázquez Pérez Ultramarinos

Especialidad en Chocolates, Cafés,
Botillería y Conservas. - Géneros nacionales
y extranjeros.

PREGUNTOIRO, 14 TELÉFONO 1916
SANTIAGO

DR. RUZA

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE LOS

NIÑOS

DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE PUERICULTURA

CONSULTA: DE 4 A 6

Virgen de la Cerca, 27

Teléfono 1790

A. Torrado
MEDIAS
MUY BARATAS

Preguntoiro, 29 Santiago

J. BUJÁN

CIRUJANO-CALLISTA

HORAS: De 10 a 2 y de 3 a 6

Festivos de 10 a 2

Rúa del Villar, 68 - 1.º

**Sanatorio Neuropático
del Dr. Lois Asorey**

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES
NERVIOSAS Y MENTALES

De la Beneficencia Municipal de Madrid
por oposición

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Ramírez, 3

Teléf. 1541

ADQUIERA EN LA

**LIBRERÍA
GONZÁLEZ**

TODOS LOS TEXTOS Y OBRAS
DE CONSULTA QUE V. NECESITE,
PUES EN ELLA ENCON-
TRARÁ UN GRAN SURTIDO.

46 - RUA DEL VILLAR - 46

MOSQUERA

GÉNEROS DE PUNTO — PARAGUAS
PERFUMERÍA — CONFECCIONES
CAMISERÍA — ARTÍCULOS DE VIAJE

PREGUNTOIRO, 21

Teléfono 1127 - SECCIÓN DE CALZADOS - Preguntoiro, 19

CONFITERIA - Y - PASTELERIA

CASA MORA

SIEMPRE LA PREFERIDA
POR EL PÚBLICO INTELIGENTE

**CONSERVAS
RÁBAGO**

LA PUEBLA DEL
CARAMIÑAL

LA GANGA

GENEROS DE PUNTO - Confecciones
ARTICULOS PARA CABALLERO
El mejor surtido en CAMISERÍA
Calcetines «CESAR», irrompibles

Calderería, 57 (Antes LA BULLA)

LA NORMA

Mercería y Novedades

BAUTIZADOS

SÁNCHEZ HARGUINDEY

Médico-Dentista

Toral, 10 - 1.º SANTIAGO

Colegio - Academia Santiago

Residencia de Estudiantes Universitarios

1.ª ENSEÑANZA GRADUADA

2.ª ENSEÑANZA OFICIAL Y LIBRE

Virgen de la Cerca, 15 y 16

Teléfono 1137

SANTIAGO

J. GAMALLO

SECCIONES DE VENTA:

Cirugía — Relojería — Electricidad
Ortopedia — Optica científica
Fotografía

FUNDADA EN 1890

Huérfanas, 1

BENEDICTO G. FERNANDEZ

MEDICO-DENTISTA

Horas de Consulta:

DE 10 A 1 Y DE 4 A 7

Rúa del Villar, 57-1.º